

Dímelo por tu vida, camarada:
 No es mas que la señal de la cadena;
 Pero no me da pena,
 Pues aunque por inquieto
 A ella estoy sugeto,
 Me sueltan cuando comen mis señores:
 Recíbenme á sus piés de mil amores,
 Ya me tiran el pan, ya la tajada,
 Y todo aquello que les desagrada:
 Este lo mal asado,
 Aquel un hueso poco descarnado;
 Y aun un gloton que todo se lo traga,
 A lo menos me halaga
 Pasándome la mano por el lomo;
 Yo meneo la cola, callo y como.
 Todo eso es bueno, yo te lo confieso;
 Pero por fin y postre tú estás preso:
 Jamas sales de casa,
 Ni puedes ver lo que en el pueblo pasa.
 Es así: pues amigo,
 La amada libertad que yo consigo
 No he de trocarla de manera alguna
 Por tu abundante y próspera fortuna.
 Marcha, marcha á vivir encarcelado;
 No serás envidiado
 De quien pasea el campo libremente,
 Aunque tú comas tan glotonamente
 Pan, tajadas y huesos; porque al cabo
No hay bocado en sazón para un esclavo.

*Nec aliud quidquam per Fabellas quaeritur,
 Quam corrigatur error ut mortalium,
 Acuatque sese diligens industria.*

PHEDR. FAB. PROL. LIB. II.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.*

LIBRO PRIMERO.

*Neque enim notare singulos mens est mihi;
 Verum ipsam vitam, et mores hominum ostendere.*
 PHEDR. Fab. Prol. Lib. III.

PROLOGO.

FABULA I.—*El Pastor y el Filósofo.*

De los confusos pueblos apartado
 Un anciano pastor vivió en su choza
 En el feliz estado en que se goza
 Existir ni envidioso ni envidiado.
 No turbó con euidado la riqueza
 A su tranquila vida;
 Ni la estremada misera pobreza
 Fué del dichoso anciano conocida.
 Empleando en su labor gustosamente
 Envegeció: sus canas, su esperiencia
 Y su virtud le hicieron finalmente
 Respetable varon, hombre de ciencia.

* A escepcion de un corto número de argumentos sacados de *Esopo*, *Fedro* y *La-Fontaine*, todos los asuntos contenidos en los apólogos de los libros I, II y III pertenecen al fabulista inglés Gay. El libro IV es original.

Voló su grande fama por el mundo;
 Y llevado de nueva tan estraña,
 Acercóse un filósofo profundo
 A la humilde cabaña,
 Y preguntó al pastor, dime: ¿en qué escuela
 Te hicistes sabio? ¿Acaso te ocupaste
 Largas noches leyendo á la candela?
 ¿A Grecia y Roma sábias observaste?
 ¿Sócrates refinó tu entendimiento?
 ¿La ciencia de Platon has tú medido?
 ¿O pesaste de Tulio el gran talento?
 ¿O tal vez como Ulises has corrido
 Por ignorados pueblos y confusos,
 Observando costumbres, leyes y usos?
 Ni las letras seguí, ni como Ulises,
 (Humildemente respondió el anciano)
 Discurrí por incógnitos países.
 Sé que el género humano
 En la escuela del mundo lisongero
 Se instruye en el doblez y la patraña.
 Con la ciencia que engaña,
 ¿Quién podrá hacerse sabio verdadero?
 Lo poco que yo sé me lo ha enseñado
 Naturaleza en fáciles lecciones:
 Un odio firme al vicio me ha inspirado,
 Que egemplo de virtud da á mis acciones.
 Aprendí de la abeja lo industrioso,
 Y de la hormiga, que en guardar se afana,
 A pensar en el dia de mañana.
 Mi mastin el hermoso
 Y fiel sin semejante,
 De gratitud y lealtad constante
 Es el mejor modelo,
 Y si acierto á copiarle me consuelo.
 Si mi nupcial amor lecciones toma,
 Las encuentro en la cándida paloma.
 La gallina á sus pollos abrigando
 Con sus piadosas alas como madre,

Y las sencillas aves aun volando
 Me presentan reglas para ser buen padre.
 Sábia naturaleza mi maestra,
 Lo malo y lo ridículo me muestra
 Para hacérmelo odioso.
 Jamas hablo á las gentes
 Con aire grave, tono jactancioso;
 Pues saben los prudentes
 Que lejos de ser sabio el que así hable,
 Será un buho solemne despreciable.
 Un hablar moderado,
 Un silencio oportuno
 En mis conversaciones he guardado.
 El hablador molesto é importuno
 Es digno de desprecio:
 Quien escuche á la urraca será un necio.
 A los que usan la fuerza y el engaño
 Para el ageno daño,
 Y usurpan á los otros su derecho,
 Los debe aborrecer un noble pecho.
 Unanse con los lobos en la caza,
 Con milanos yalcones,
 Con la maldita serpentina raza,
 Caterva de carnívoros ladrones.
 ;Mas qué dige! los hombres tan malvados
 Ni aun merecen tener estos aliados.
 No hay daño ni animal tan peligroso
 Como el usurpador y el envidioso.
 Por último, en el libro interminable
 De la naturaleza yo medito:
 En todo lo creado es admirable;
 Del ente mas sencillo y pequeñito
 Una contemplacion profunda alcanza
 Los mas preciosos frutos de enseñanza.
 Tu virtud acredita, buen anciano,
 (El filósofo esclama)
 Tu ciencia verdadera y justa fama.
 Vierte el género humano

En sus libros y escuelas sus errores:
 En preceptos mejores
 Nos da naturaleza su doctrina.

*Así quien sus verdades examina
 Con la meditacion y la esperiencia,
 Llegará á conocer virtud y ciencia.*

FABULA II.—*El Hombre y la Fantasma.*

Un jóven licencioso
 Se hallaba en un estado vergonzoso
 Con sus males secretos retirado:
 En soledad, doliente, exasperado,
 Cavila, llora, canta, jura, reza,
 Como quien ha perdido la cabeza.
 ¿Te falta la salud? Pues caballero,
 De todo tu dinero,
 Nobleza, juventud y poderío,
 Sábete que me río:
 Trata de recobrarla; pues perdida,
 ¿De qué sirven los bienes de la vida?
 Todo esto una fantasma le previno,
 Y al instante se fué como se vino.
 El enfermo se cuida, se repone,
 Un nuevo plan de vida se propone.
 En efecto se casa:
 Cércanle los cuidados de la casa,
 Que se van aumentando de hora en hora;
 La muger (Dios nos libre) gastadora
 Aun mucho mas que rica,
 Los hijos y las deudas multiplica;
 De modo que el marido,
 Mas que nunca aburrido,
 Se puso sobre un pié de economía,
 Que estrechándola mas de dia en dia
 Al fin se enriqueció con opulencia,
 La fantasma le dice: en mi conciencia,
 Que te veo amarillo como el oro:

Tienes tu corazon en el tesoro:
 Miras sobre tu pecho acongojado
 El puñal del ladron enarbolado.
 Las noches pasas en mortal desvelo:
 Y así quieres vivir...? ¡qué desconuelo!
 El hombre, como caso milagroso,
 Se transformó de avaro en ambicioso.
 Llegó dentro de poco á la privanza:
 ¡El señor don *Dinero* qué no alcanza!
 La fantasma le muestra claramente
 Un falso confidente:
 Cien traidores amigos,
 Que quieren ser autores y testigos
 De su pronta caída.
 Resuélvese á dejar aquella vida,
 Y ya desengañado
 En los campos se mira retirado.
 Buscaba los placeres inocentes
 En las flores y frutas diferentes.
 ¿Quiéren ustedes creer (esto me pasma)
 Que aun allí le persigue la fantasma?
 Los insectos, los hielos y los vientos;
 Todos los elementos
 Y las plagas de todas estaciones
 Han de ser en el campo tus ladrones.
 ¿Pues adónde irá el pobre caballero?...
*Digo que es un solemne majadero
 Todo aquel que pretende
 Vivir en este mundo sin su duende.*

FABULA III.—*El Javahí y el Carnero.*

De la rama de un árbol un carnero
 Degollado pendia:
 En él á sangre fria
 Cortaba el remangado carnicero.
 El rebaño inocente
 Que el trágico espectáculo miraba,

De miedo ni pacia ni balaba.
 Un javalí gritó: cobarde gente
 Que mirais la carnívora matanza,
 ¿Cómo no os vengais del enemigo?
 Tendrá (dijo un carnero) su castigo;
 Mas no de nuestra parte la venganza.
 La piel que arrancan con sus propias manos
 Sirve para los pleitos y la guerra,
 Las dos mayores plagas de la tierra
 Que afligen á los míseros humanos.
 Apenas nos desuellan, se destina
 Para hacer pergaminos y tambores:
*Mira como los hombres malhechores
 Labran en su maldad su propia ruina.*

FABULA IV.—*El Raposo, la Muger y el Gallo.*

Con las orejas gachas
 Y la cola entre piernas,
 Se llevaba un raposo
 Un gallo de la aldea.
 Muchas gracias al alba,
 Que pudo ver la fiesta
 Al salir de su casa
 Juana la madruguera.
 Como una loca grita:
 Vecinos, que le lleva;
 Que es el mio, vecinos.
 Oye el gallo las quejas,
 Y le dice al raposo:
 Dile que no nos mienta,
 Que soy tuyo y muy tuyo.
 Volviendo la cabeza
 Le responde el raposo:
 Oyes, gran embustera;
 No es tuyo, sino mio
 El mismo lo confiesa.
 Mientras esto decia,

El gallo libre vuela,
 Y en la copa de un árbol
 Canta que se las pela.
 El raposo burlado
 Huyó: ¿quién lo creyera!
*Yo, pues, á mas de cuatro
 Muy zorros en sus tretas,
 Por hablar á destiempo
 Los vi perder la presa.*

FABULA V.—*El Filósofo y el Rústico.*

La del alba sería
 La hora en que un filósofo salía
 A meditar al campo solitario
 En lo hermoso y lo vario,
 Que á la luz de la aurora nos enseña
 Naturaleza entonces mas risueña.
 Distruido sin senda caminaba,
 Cuando llegó á un cortijo donde estaba
 Con un martillo el rústico en la mano,
 En la otra un milano
 Y sobre una portátil escalera.
 ¿Qué haces de esa manera?
 El filósofo dijo:
 Castigar á un ladrón de mi cortijo,
 Que en mi corral ha hecho mas destrozos
 Que todos los ladrones de Torozos.
 Le clavo en la pared.... ya estoy contento....
 Sirve á toda tu raza de escarmiento.
 El matador es digno de la muerte
 (El sabio dijo), mas si de esa suerte
 El milano merece ser tratado,
 ¿De qué modo será bien castigado
 El hombre sanguinario, cuyos dientes
 Devoran á infinitos inocentes,
 Y cuenta como mísera su vida
 Si no hace de cadáveres comida?

Y aun tú que así castigas los delitos
Cenarías anoche tus pollitos.

Al mundo le encontramos de este modo
(Dijo airado el patán) y sobre todo,
Si lo mismo son hombres que milanos,
Guárdese no le pille entre mis manos:
El sabio se dejó de reflexiones.

*Al tirano le ofenden las razones
Que demuestran su orgullo y tiranía;
Mientras por su sentencia cada día
Muere (viviendo él mismo impunemente)
Por menores delitos otra gente.*

FABULA VI.—*La Pava y la Hormiga.*

Al salir con las yuntas
Los criados de Pedro,
El corral se dejaron
De par en par abierto.
Todos los pavipollos
Con su madre se fueron,
Aquí y allí picando
Hasta el cercano otero.
Muy contenta la pava
Decía á sus polluelos:
Mirad, hijos, el rastro
De un copioso hormiguero.
Ea, comed hormigas,
Y no tengais recelo,
Que yo tambien las como:
Es un sabroso cebo.
Picad, queridos míos:
;Oh qué días los nuestros,
Si no hubiese en el mundo
Malditos cocineros!
Los hombres nos devoran,
Y todos nuestros cuerpos
Humean en las mesas
De nobles y plebeyos,

A cualquier fiestecilla
Ha de haber pavos muertos.
;Qué pocas navidades
Contaron mis abuelos!
;Oh glotones humanos,
Cruelles carniceros!
Mientras tanto una hormiga
Se puso en salvamento
Sobre un árbol vecino
Y gritó con denuedo:
;Hola! con que los hombres
Son crueles, perversos:
;Y qué sereis los pavos?
;Ay de mí! ya lo veo:
A mis tristes parientes,
;Qué digo! á todo el pueblo
Solo por desayuno
Os le vais engullendo.
No respondió la pava
Por no saber un cuento;
Que era entonces del caso
Y ahora viene á pelo.
Un gusano roía
Un grano de centeno,
Viéronlo las hormigas;
Qué gritos! qué espavientos!
Aquí fué Troya: (dicen)
Muere, pícaro perro.
;Y ellas qué hacian? Nada:
Robar todo el granero.
*Hombres, pavos, hormigas,
Segun estos egemplos,
Cada cual en su libro
Esta moral tenemos.
La falta leve en otro
Es un pecado horrendo;
Pero el delito propio
No mas que pasatiempo.*

FABULA VII.—*El Enfermo y la Vision.*

¡Con que de tus recetas esquisitas
 (Un enfermo exclamó) ninguna alcanza!...
 El médico se fué sin esperanza,
 Contando por los dedos sus visitas.
 Así desengañado,
 Y creciendo por horas su dolencia,
 De este modo examina su conciencia:
 En todos mis contratos he logrado
 (No lo niego) ganancia muy segura:
 Trabagé en calcular mis intereses:
 Aumenté mi caudal en pocos meses;
 Mas por felicidad que por usura.
 Sin rencor ni malicia
 Hice que á mi deudor pusiesen preso:
 Murió el pobre en la cárcel, lo confieso;
 Mas en fin es un hecho de justicia.
 Si por cierto instrumento
 Reduge una familia muy honrada
 A pobreza estremada,
 Algun dia leerán mi testamento.
 Entonces (muerto yo) se hará patente
 En la tierra lo mismo que en el cielo,
 Para alivio de pobres y consuelo,
 Mi caridad ardiente.
 Una vision se acerca, y dice: hermano,
 La esperanza condeno
 Del que aguarda á morir para ser bueno:
 Una accion de piedad está en tu mano.
 Tus prógimos, segun sus oraciones,
 Están necesitados:
 Para ser remediados
 Han menester siquiera cien doblones....
 ¡Cien doblones! No es nada.
 Y si, porque Dios quiera, no me muero
 Y despues me hace falta ese dinero,

¿Sería caridad bien ordenada?...
 Avaro, ¿te resistes? Pues al cabo
 Te anuncia que tu muerte está cercana....
 ¿Me muero? pues que esperen á mañana:
 La vision se volvió sin un ochavo.

FABULA VIII.—*El Camello y la Pulga.*

Al que ostenta valimento
 Cuando su poder es tal
 Que ni influye en bien ni en mal,
 Le quiero contar un cuento.

En una larga jornada
 Un camello muy cargado
 Esclamó, ya fatigado:
 ¡Oh qué carga tan pesada!
 Doña Pulga, que montada
 Iba sobre él, al instante
 Se apea, y dice arrogante:
 Del peso te libro yo.
 El camello respondió
 Gracias, señor elefante.

FABULA IX.—*El cerdo, el carnero y la cabra.*

Poco antes de morir el corderillo
 Lame alegre la mano y el cuchillo
 Que han ser de su muerte el instrumento,
 Y es feliz hasta el último momento.
 Así cuando es el mal inevitable,
 Es quien menos prevee mas envidiable.
 Bien oportunamente mi memoria
 Me presenta al lechon de cierta historia.
 Al mercado llevaba un carretero
 Un marrano, una cabra y un carnero.
 Con perdon, el cochino
 Clamaba sin cesar en el camino:
 ¡Esta sí que es miseria!

Perdido soy, me llevan á la feria.
 Así gritaba; ¡mas con qué gruñidos!
 No dió en su esclavitud tales gemidos
 Hécuba la infelice.
 El carretero al gruñidor le dice:
 ¿No miras al carnero y á la cabra,
 Que vienen sin hablar una palabra?
 ¡Ay, señor, (le responde) ya lo veo!
 Son tontos, y no piensan. Yo preveo
 Nuestra muerte cercana.
 A los dos por la leche y por la lana
 Quizá no matarán tan prontamente;
 Pero á mí, que soy bueno solamente
 Para pasto del hombre.... no lo dudo:
 Mañana comerán de mi menudo.
 A Dios, pocilga: á Dios, gamella mia:
 Sutilmente su muerte preveia;
 ¿Mas qué lograba el pensador marrano?
 Nada, sino sentir la de antemano.
El dolor ni los ayes, es seguro,
Que remediarán el mal futuro.

FABULA X.—*El leon, el tigre y el caminante.*

Entre sus fieras garras oprimia
 Un tigre á un caminante.
 A los tristes quejidos al instante
 Un leon acudió: con bizarría
 Lucha, vence á la fiera y lleva al hombre
 A su regia caverna. Toma aliento,
 (Le decia el leon) nada te asombre:
 Soy tu libertador, estame atento.
 ¿Habrás bestia sañuda y enemiga
 Que se atreva á mi fuerza incomparable?
 Tú puedes responder; ó que lo diga
 Esa pintada fiera despreciable:
 Yo, yo solo, monarca poderoso,
 Domino en todo el bosque dilatado.

¿Cuántas veces la onza y aun el oso
 Con su sangre el tributo me han pagado?
 Los despojos de pieles y cabezas,
 Los huesos que blanquean este piso,
 Dan el mas claro aviso
 De mi valor sin par y mis proezas.

Es verdad (dijo el hombre) soy testigo,
 Los triunfos miro de tu fuerza airada:
 Contemplo á tu nacion amedrentada:
 Al librarme venciste á mi enemigo.
 En todo esto, señor, (con tu licencia)
 Solo es digna del trono tu clemencia.
 Sé benéfico, amable,
 En lugar de despótico tirano;
 Porque, señor, es llano,
 Que el monarca será mas venturoso,
 Cuanto hiciere á su pueblo mas dichoso.

Con razon has hablado;
 Y ya me causa pena
 El haber yo buscado
 Mi propia gloria en la desdicha agena.
 En mis jóvenes años
 El orgullo produjo mil errores,
 Que me los ha encubierto con engaños
 Una corte servil de aduladores.
Ellos me aseguraban de concierto,
Que por el mundo todo
No reinan los humanos de otro modo:
Tú lo sabrás mejor: dime, ¿y es cierto?

FABULA XI.—*La Muerte.*

Pensaba en elegir la reina muerte
 Un ministro de estado:
 Le queria de suerte
 Que hiciese floreciente su reinado.
 El tabardillo, gota, pulmonia,
 Y todas las demas enfermedades

Yo conozco (decia)
 Que tienen excelentes calidades.
 Mas ¿qué importa? La peste, por egeemplo,
 Un ministro seria sin segundo;
 Pero ya por inútil la contemplo
 Habiendo tanto médico en el mundo,
 Uno de estos elijo.....; mas no quiero,
 Que están muy bien premiados sus servicios
 Sin otra recompensa que el dinero.
 Pretendieron la plaza algunos vicios,
 Alegando en su abono mil razones.
 Consideró la reina su importancia;
 Y despues de maduras reflexiones,
 El empleo ocupó la intemperancia.

FABULA XII.—*El amor y la Locura.*

Habiendo la locura
 Con el amor reñido,
 Dejó ciego de un golpe
 Al miserable niño.
 Venganza pide al cielo
 Vénus: mas ¡con qué gritos?
 Era madre y esposa,
 Con esto queda dicho.
 Queréllase á los dioses,
 Presentando á su hijo:
 ¿De qué sirven las flechas,
 De qué el arco á Cupido
 Faltándole la vista
 Para asestar sus tiros?
 Quitenseles las alas
 Y aquel ardiente cirio,
 Si á su luz ser no pueden
 Sus vuelos dirigidos.
 Atendiendo á que el ciego
 Siguiese su egercicio,
 Y á que la delincuente

Tuviese su castigo,
 Júpiter, presidente
 De la asamblea, dijo:
 Ordeno á la locura
 Desde este instante mismo,
 Que eternamente sea
 De amor el lazarillo.